

## TRADICIÓN FRANCO-ESPAÑOLA



Bajo el epígrafe de «Escándalo anual», acaba de publicar un artículo *La Petite République* de París, en el que se reclama la intervención del ministro de Negocios Extranjeros para exigir de España que se ponga término á una manifestación humillante en la que, después de hacerse disparos al aire y de allanarse la frontera, cobran los españoles un tributo consistente en un pequeño rebaño.

Un colega madrileño ha sido informado por su corresponsal de esto, que califica de *escandaloso abuso*; y creyendo que interesará al público su lectura, vamos á referir la caballeresca tradición que ha dado origen al citado artículo, y que tanto sirve de honra á los franceses como á los españoles que habitan en esa afortunada cordillera de los Pirineos, donde los *bacilus* del egoísmo y de las bajas pasiones no han podido llegar aguas arriba, hasta los torrentes espumosos de las montañas.

Hay, en efecto, una legendaria costumbre en el valle del Roncal, que se practica invariablemente el día 13, y no el 3 de Julio, como afirma esa *Petite République*, que no resulta *petite* en sus errores, y hé aquí los antecedentes y explicación de esta costumbre:

Cuando las heladas nieves privan de toda vegetación al territorio limítrofe de los Pirineos franceses, los propietarios del valle del Roncal conceden seguro abrigo y abundante pasto al ganado de aquellos.

A esta deferente hospitalidad han correspondido los franceses con delicada atención, promoviendo desde tiempo inmemorial una fiesta que sirva para afianzar los vínculos de lo que, si la Academia de la Lengua nos lo permitiera, llamaríamos amistoso *vecindaje*.

El día 13 de julio de cada año, á las nueve de la mañana, aparecen en la frontera española las autoridades y comisionados del valle

de Bretons, vestidos con rizada polaina de nevada lana, corto calzón de paño, encarnada chaqueta pendiente del hombro izquierdo, boina y faja tricolor. Tres aldeanos, mozos escogidos, conducen otras tantas terneras engalanadas con lazos de los colores nacionales de ambos países, y, precedidos de un basco-francés que empuña una pica con banderola blanca, esperan en los límites de su territorio la llegada de la comisión española.

Compónese ésta del alcalde municipal de Isaba, pequeña villa que se supone haber sido corte de Garci Ximénez en la monarquía nabra, de dos concejales del Roncal y de muchos pequeños propietarios y pastores españoles, que á su vez van precedidos por un gallardo montañés portador de una pica con banderola encarnada.

Al avistarse ambas comisiones en la Piedra de San Martin, sitio pintoresco poblado de hayas y pinabetes, y después de cruzarse ceremoniosos saludos, cambia de traje nuestro alcalde de Isaba, revistiéndose con un sayo sin mangas y una rizada gola, y se coloca enfrente de la piedra que marca el respectivo límite de las dos naciones.

Descubiertos todos y en religioso silencio, el alcalde de Isaba levanta sobre su cabeza la vara que constituye el símbolo de su autoridad y se dirige al grupo francés, preguntándole en castellano «si van, conforme á las antiguas costumbres, á llevar el tributo y á ratificar la paz».

Obtenida respuesta afirmativa, tambien en castellano, avanzan diez pasos los portadores de las picas, colocan estas en forma de cruz encima de la piedra, y todos los concurrentes, bajo la fórmula muda de extender la mano sobre aquella improvisada cruz, ratifican el juramento de fraternidad.

Procédese después al reconocimiento facultativo de las terneras, se realiza su entrega, y el alcalde de Isaba hace preguntar varias veces si hay alguna queja ó reclamación por parte de los ganaderos ó pastores de ambas naciones. Si la respuesta es negativa, se procede al nombramiento de guardas para cuidar de los límites territoriales, se les recibe juramento del fiel desempeño de su cargo y termina la tradicional ceremonia, extendiéndose un acta notarial que suscriben todos los concurrentes.

Hé aquí el *escandaloso abuso* denunciado por *La Petite République*; *abuso* que el 13 de julio de cada año se prolonga día y noche con una espléndida comida servida en territorio español y por los españoles

costeada, en la que se consume doble valor que el de las tres terneras y á la que suceden animados cantos y bailes, sellándose con expansivas manifestaciones los lazos de afecto entre dos pueblos hermanos.

Cuanto se ha dicho respecto de otros orígenes de la tradicional ceremonia, es absolutamente infundado. La fábula cuenta que librada una batalla entre los dos pueblos, vencieron los españoles y devolvieron á los franceses el valle de Bretons bajo el feudo anual de contribuir con tres caballos cuatralbos que tuvieran una estrella en la frente, ó con tres vacas «de igual cornaje, dentaje y pelaje»; pero la historia, perfectamente comprobada con la práctica, demuestra que, lejos de existir tan insostenible vasallaje, todo se reduce á un delicado tributo de agradecimiento por el gratuito servicio recibido en los rigores de la estación del invierno.

Mal conocen el rudo é independiente carácter de los bascos cuantos supongan á los de una ú otra frontera capaces de someterse á «manifestaciones humillantes».

La que el día 13 de julio de cada año se celebra con tanto respeto y regocijo, habla tanto en favor de la hospitalidad española como de la gratitud y nobleza de la nación vecina.

¡Felices los pueblos que saben conservar el tesoro de sus sencillas tradiciones, y que inspirados en sentimientos de verdadera fraternidad, se muestran tan celosos en mantener sus derechos, como propicios á honrar y favorecer á sus convecinos!

P.

*(La Correspondencia de España)*

